

Presentación

Este año 1998, dentro de la preparación eclesial al Jubileo del Tercer Milenio, ha sido dedicado a reflexionar y vivir especialmente nuestra relación con la tercera Persona de la Trinidad, el Espíritu Santo. Por eso en el ITER, a la hora de programar la semana teológica, pensamos que era bueno aprovechar esta ocasión peculiar y expresar públicamente nuestras reflexiones a través de la propia semana y de este número de la revista. Para ello convocamos a un amplio número de colaboradores, desde el laicado hasta algunos obispos de nuestra comunidad. El peso mayor, sin embargo, recayó sobre los teólogos profesores del propio Instituto de Teología para Religiosos y de la Universidad Católica Andrés Bello, que conjuntamente organizamos esta semana teológica. El presente número es un adelanto de las principales ponencias y comunicaciones que darán lugar a un intercambio de experiencias, cuestionamientos y propuestas para vivir en fidelidad al Espíritu. Espíritu que sigue vivificando nuestras iglesias y comunidades, en plena conmemoración de los 500 años de los inicios de la Evangelización y empeñadas en organizar un Concilio Plenario.

Quizá sea bueno partir de la experiencia que señala muy bien Felicísimo Martínez: "No han desaparecido la pobreza severa, ni la marginalidad masiva. Ni se han eliminado las desigualdades sociales ni la clamorosa injusticia estructural. No se ha acabado con la violencia institucionalizada y, por consiguiente, tampoco han desaparecido las demás violencias, incluida la delincuencia común. El ideal de la liberación se nos ha escapado de las manos cuando nos parecía que estaba ya a nuestro alcance. Y el neoliberalismo se presenta triunfalmente como el único camino para la esperanza, especialmente después de la caída del muro de Berlín. Pregunta con cinismo e ironía: ¿Dónde está vuestro Dios, el Dios de la liberación?". También Carlos Bazarra escribe: "Ante el deterioro de ideales y valores que desemboca en una situación infrahumana de pobreza, violencia, idolatría,

ateísmo... Dios nos propone recuperar el proyecto inicial: "Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza" (Gn 1,26)." Dios creador y Dios liberador bien unidos, como en Génesis y Éxodo, como en Belén y el Gólgota, Encarnación y Pascua.

Iniciamos la reflexión con el trabajo de *Mikel de Viana*, que parte sobre todo de esta pregunta: "¿la «experiencia» que ofrece la nueva religiosidad, es auténtica experiencia religiosa, es experiencia del Dios que nos salva?, ¿se trata de un encuentro con el Espíritu Santo o más bien con otros espíritus?". Y nos ayuda a discernir en la nueva ola de religiosidad que invade los mercados mundiales con una serie de criterios, de tipo bíblico-dogmático, capaces de iluminar lo que hay de válido y lo que es autoengaño del hombre, por muy "religioso" que se presente. Piensa que más bien se trata de una reacción postmoderna contra ese "desalojo de Dios" propiciado por gran parte de la modernidad ilustrada, positivista y materialista. Pero también contra la crisis de auténtica "experiencia religiosa" en las iglesias e instituciones tradicionales. Lo que está en juego en la nueva religiosidad es Dios mismo y la salvación definitiva del hombre; quién es Dios y quién es el hombre; cómo se encuentran y si ese encuentro es definitivamente plenificador del hombre. "No se me ocurre un antídoto contra la defeción de los fieles seducidos por el supermercado religioso de nuestros días, fuera de la formación del laicado adulto. La nueva religiosidad no puede dejar de ser un desafío a la profundización de la fe y una convocatoria a examinar nuestras actitudes y comportamientos".

Los dos trabajos siguientes tratan de espiritualidad cristiana para nuestro momento histórico. El de *Carlos Bazarra* quiere ser una antigua novedad, la de la humanidad de Dios, que ya desde el inicio pensó en ello, al hacer al hombre "a su imagen y semejanza"; para culminarla en la Encarnación del Hijo en Jesús de Nazaret, el hijo de María. Por ello nadie tan humano como Dios mismo, nadie tan humano como Jesús. La humanidad se nos vuelve por eso origen y meta, camino y medio de la auténtica espiritualidad; la de ese Espíritu de Dios, creador de vida y libertad, de servicio y comunidad, de trascendencia y comunión con el propio Dios. Por eso hay que atender a la historia concreta, discernir y dialogar continua y crecientemente, realizarlo en la vida, en la práctica (eso que el autor nombra "diapraxis", como práctica transformadora común, "compartiendo el pan entre sí y con los hambrientos de toda la geografía terrena. El pobre se constituye así en referencia universal") y así irnos humanizando y divinizando según ese proyecto de Dios. "El hombre

tiene que llegar a ser humano: es la propuesta de Dios". Esta "propuesta humana" puede ser el denominador común donde coincidamos todos los hombres, por ser todos seres humanos.

El denso artículo de *Felícísimo Martínez* nos advierte que lo problemático hoy día no es tanto el Espíritu cuanto la esperanza. "A muchas personas les faltan las seguridades más elementales, porque carecen de los bienes más imprescindibles que permiten cubrir las necesidades primarias. Les falta el pan de cada día, el vestido, la casa, la asistencia sanitaria, la escuela... ¿Dónde buscarán seguridad? ¿Qué esperanza les queda? ¿Qué pueden esperar del futuro? Que tantas personas de nuestros pueblos se mantengan firmes en la esperanza o que se aferren a la esperanza cristiana es un verdadero milagro". Es un milagro ese estar por la vida y saber celebrarla, en medio de su dureza, por parte de nuestras masas empobrecidas pero creyentes y esperanzadas. Ese milagro se da, sin duda gracias a que la Palabra y la Comunidad, obra del Espíritu, animan la esperanza del pueblo y su resistencia y superación en medio del presente caos. "El Espíritu nos permitirá juntar la esperanza cristiana y las esperanzas humanas más legítimas, la confianza en las promesas de Dios y el compromiso militante a favor de un mundo más justo, más humano y más solidario... Estos son los signos del Reino que acreditan la esperanza cristiana".

El estudio de *Pedro Trigo* se centra en una cuestión bastante novedosa: "Si el don del Resucitado es el Espíritu, si en el don del Espíritu consiste la salvación que nos alcanzó Jesús, preguntamos a quiénes entregó Jesús su Espíritu, sobre qué ámbito se derramó el Espíritu en la Pascua". Junto a las respuestas más cortas, hay una que afirma que en la Pascua, como lo había profetizado Joel (3,1), el Espíritu se derrama sobre toda carne y de eso da testimonio la Iglesia (Hch 2,17.33). "Es decir que el ámbito de irradiación del Espíritu derramado en la Pascua es toda la humanidad y los cristianos son los que han recibido esta revelación y se consagran a secundarla en sus vidas y a testimoniarla también con sus palabras". Idea que está muy subrayada por el último Concilio Ecuménico que fue el Vaticano II, sobre todo en la *Gaudium et Spes*. Esto es importante en todo el mundo, y también en nuestra iglesia, quizá demasiado confiada en ser cristiandad, sin estar de veras abierta a esta presencia universal del Espíritu en el mundo. La humanidad tiene una sola vocación y un destino único, al que está convocada a responder en la historia de libertad; para eso reparte sus diversos dones el Espíritu. La salvación es la unificación de la humanidad, en diversidad y reciprocidad de dones, no en igualitarismo a lo Babel; ya que "el proceso de mundialización será humanizante por el amor que da el Espíritu" a todos los hombres.

A monseñor *Mario Moronta* se le propuso una reflexión sobre los obstáculos y los nuevos caminos del Espíritu en nuestra comunidad eclesial. Un primer riesgo señalado es el reduccionismo fundamentalista, que manipula el Espíritu en vez de someterse a su novedad. Entre las sombras señala la “falta de presencia en algunos sectores significativos de la vida del país: pastoral obrera, empresariado, universidades, etc... La dedicación de los movimientos de apostolado seglar y de los laicos de manera casi exclusiva a tareas sólo intraeclesiales y poca conciencia de que deben hacer tareas extraeclesiales. Falta de una reflexión teológica autóctona: es decir de interpretación desde la Palabra de Dios de nuestro acontecer nacional y eclesial”. Para el futuro sugiere atender a la identidad católica del pueblo venezolano, frente al secularismo de otros países latinoamericanos; y atender a la religiosidad popular, evangelizándola más, pero aprovechando su rico simbolismo y haciéndolo liturgia renovada. Entre las propuestas habla de “promover más el protagonismo del laicado en todos sus sentidos, y a profundizar la dimensión misionera que le es propia. Ello supone dejar a un lado los formalismos sin sentido, renunciar al clericalismo y tener la actitud profética del riesgo.”

También presentamos ya algunas de las comunicaciones de la semana teológica. La de una espiritualidad laical de *Antonio Pérez-Esclarín* destaca por su aspecto testimonial. Acentúa tres grandes campos de una espiritualidad laica: la familia, el trabajo y la política. El los concreta en el trabajo por una Educación Popular alternativa. La de *María García de Fleury* se centra en esa nueva “invasión angélica” que, desde los EE.UU. viene invadiendo el mercado, junto a otros fenómenos de la “Nueva Era”. Está bien informada e informa bien. Tal vez no logra siempre las frases mejores a la hora de expresar la doctrina positiva y el juicio valorativo sobre este tema delicado. Quizá sea bueno suponer que “quien anda en busca de ángeles, anda en busca de Dios”. *Pedro Manuel Corros* se concentra en ese fenómeno más reciente, pero tan promocionado por el mundo consumista, del “espíritu de la Navidad”. Nos faltan otros, porque no llegaron a esta redacción a su debido tiempo; entre ellos una reflexión sobre la espiritualidad política que pedimos a *Mercedes Pulido* y otra sobre la realidad eclesial pedida a Mons. *Baltazar E. Porras*. Esperamos que estén presentes en la semana, y enriquezcan el diálogo y reflexión ulterior, a la que este número quiere especialmente servir.

Eduardo Frades Gaspar, CMF.